

La filosofía de Mæterlinck es el estoicismo. El primer nombre que aparece en las páginas del libro que encierra su concepción de la vida, es el Epicteto. Es, pues, una concepción ética, una regla de pensamiento y de vida, y no una metafísica, lo que Mæterlinck nos ofrece. ¿Qué debemos hacer? ¿Cuál es nuestra misión en el mundo? ¿A qué venimos á él, y cómo afrontaremos la batalla de la existencia?

La respuesta de Mæterlinck es que debemos tener confianza en el amor como debemos tenerla en la vida, porque para confiar hemos sido hechos, y porque el más funesto pensamiento es el que impulsa á desconfiar de la realidad. Esto solo nos muestra en Mæterlinck al optimista, y no sorprende poco el contraste entre la serenidad del pensador y la ansiedad inquieta—la trágica angustia que pesa sobre la obra del dramaturgo.—En ésta el destino lleva y arrastra á los personajes como briznas de paja que arrebató el viento; en el tratado filosófico, el hombre se coloca frente al destino, y desplegando la energía y la fuerza interior de la voluntad, lo reta y lo vence. En los dramas de Mæterlinck se diría que un soplo huracanado dobla las cabezas, que una irresistible tromba de fuego abrasa los corazones; los sucesos se desarrollan sin que los héroes puedan modificarlos, sin que el sentido que imprime la reflexión á las determinaciones humanas actúe en lo más mínimo, adelante ó retrase la catástrofe, contenga ó precipite la tragedia. Es el teatro de la inconciencia, y en él todo parece acaecer en esos estados intermedios entre el sueño y la vigilia, en que no reaccionamos contra lo exterior ni enfrenamos lo ciego del instinto.—Y por el contrario, en el tratado de filosofía estoica vemos resurgir la sabiduría antigua, por la cual el individuo era poderoso contra el universo.

* *

Algunas sentencias del tratado á que me refiero son bellas. «Hoy la miseria es una enfermedad de la humanidad, y la enfermedad una miseria del hombre.»—«De la tristeza á la alegría no va más diferencia que la aceptación del destino.»—«Es sabio pensar y proceder como si todo lo que nos sucede fuera inevitable.»—«No estamos al abrigo de los caprichos del acaso, no somos fuertes y felices sino en el recinto de nuestra conciencia.»—«Los grandes hombres tienen confianza en el destino, conocen parte de su porvenir, porque son parte de su porvenir ellos mismos.»—«Los sucesos, en sí mismos, son como el agua: no tienen olor, color ni sabor. Adquieren propiedades según el alma donde recaen.»—«Nada nos sucede que no sea de nuestra misma esencia. No se presenta ninguna ocasión heroica sino á quien ya era desde hacia tiempo un héroe obscuro y desconocido.»—«Ascendí por la montaña ó descendí á la aldea; id al fin del mundo ó pasad en torno de vuestra casa; no encontraréis sino á vosotros mismos.»—«A medida que ganamos en sabiduría, nos guarecemos contra nuestro destino instintivo.»—«No hay verdadera fatalidad sino en ciertos males exteriores, como enfermedades, accidentes, muerte inopinada; pero la fatalidad interior no existe.»—«La parte más activa de lo que nos complacemos en nombrar fatalidad, es una fuerza creada por el hombre.»—«Ser un genio, es casi un deber cuando tenemos á nuestro cargo el destino de muchos semejantes nuestros.»—«Juana de Arco oye que la llaman las santas y Macbeth oye que le llaman las brujas; y es siempre la misma voz.»—«No todas las almas pueden resistir el contenido de la felicidad.»—«Un pensamiento puede ser cosa excelente; pero la realidad principia en la acción.»—«El primero de nuestros deberes es poner en claro nuestra idea del deber.»—«Nuestra felicidad depende, en suma, de nuestra libertad interior.»—«Para el sabio, ninguna verdad es amarga.»—«No hay vidas pequeñas; cuando la miramos de cerca, toda vida es grande.»

En estas pocas máximas se contiene toda la filosofía de Mæterlinck; es, como puede notarse, enteramente opuesta á la de Nietzsche. Enseña, si no la resignación, al menos la conformidad, y predica, en vez del sacrificio, la actividad y la traducción en fuerza de todas las energías interiores. Yo no sé por qué, estos libros de optimismo, obra de un hombre de elevado pensamiento, me dejan una impresión tal vez más pesimista que los del loco Zaratustra. Se descubre, en ese mismo afán de abrazar sonriendo ó al menos con frente serena la cruz de la vida, un sufrimiento inmenso, aceptado y llevado con esa dignidad de la sabiduría que es un espectáculo tan interesante.

* *

Dejemos al autor de *La intrusa* y fijémonos en la visita del Kaiser, no á nuestro suelo, sino á nuestras

costas. No pone el pie en tierra española el soberano alemán. Triste es también, con la gran tristeza de las miserias humanas, al pesar sobre las cabezas más altivas y ceñidas con más insigne diadema, este viaje del Kaiser. Le han ordenado los médicos que pasee por mar su dolencia, la terrible dolencia que le acecha, según dicen: la que sufrió su padre, estranguladora y asfixiadora, mano de acero que se agarra á la garganta y aprieta, aprieta, hasta que con cerrar paso al aire respirable arranca la vida. Es posible que el viaje por mar sea, más que remedio, distracción á la abrumadora labor que gravita sobre este hombre fuerte y grande; uno de los últimos soberanos convencidos de su papel y su obligación en el mundo. Mientras navega, espaciando su vista y ensanchando sus pulmones con el horizonte y la brisa de los mares, no le agobia tanto la infinita conciencia de su responsabilidad, la ley de sus deberes de vigilante y pastor de pueblos. Mientras navega, no recibe papeles ni noticias, y por un momento sacude el peso de su destino. Este hombre penetrado de su deber, esclavo de su función; este hombre que no pierde de vista los rincones más distantes de su imperio, hasta el punto de que me decía un cónsul alemán: «Nunca estamos libres de que el Kaiser sepa mejor que nosotros lo que hacemos y cómo nos portamos, en detalles mínimos;» este hombre que tan cumplidamente ha aceptado su destino y practicado la filosofía de Mæterlinck anteponiendo á todo la acción, descansa un momento al arrullo del mar, entre brumas y olas, logrando, como premio á su actividad, el olvidar transitoriamente su alto puesto. En el puerto de Vigo le aguardan numerosos pliegos, la vida y sus tiranías, para interrumpir la breve escapatoria al país del sueño plácido, y sentimos ilimitada compasión hacia el emperador enfermo, que ha querido evadirse de la vida y no ha podido.

* *

En París hállase gravemente enferma, según noticias, la duquesa de Alba, doña María del Rosario Falcó. Es esta gran señora de las que en su esfera pueden ser comparadas al ilustre viajero que aguardan en Vigo. También doña Rosario Falcó tuvo conciencia de su cargo y de su especial obligación en el mundo. Enlazada por el matrimonio á una casa histórica tan alta y tan poderosa, prefirió sostenerla á quemarla en función de fuegos artificiales, de vanidades y esplendores de un día. Comprendió que no basta tampoco sostener ciertas grandezas de linaje, sino que es preciso refrescar su recuerdo antes que el tiempo las borre, y en libros lujosamente editados hizo del dominio público papeles de su archivo que eternizan lo pasado. Con mano piadosa recogió todo lo que en el arte se enlaza con la figura, ingrata á los herejes flamencos, del terrible duque de Alba, y en el palacio de Liria formó una especie de Museo, no de lo que cualquiera puede adquirir mediante dinero en casa de un anticuario, sino de esos objetos inestimables porque son de familia, que compenetran el alma de los que fueron con el alma de los que son, y quizás despiertan en la de los descendientes el ansia de escribir, también ellos, su página en los modernos fastos, donde las rigideces de los antiguos se convierten en actos de humanidad y de amor. Tal fué la obra de la noble mujer que hoy lucha en París con un horrible padecimiento, cuya sola descripción crispó los nervios y estremece las fibras. En una persona todavía joven, que podía prometerse aún los años de vida suficientes para dar remate á su constante labor de restauración de ese monumento del siglo XVI que se llama casa ducal de Berwick y Alba, esta enfermedad que nadie preveía, que nos sorprende, dada la apariencia de vigor de la duquesa, parece una de las burlas que prepara el azar á los seres á quienes por su alta situación creyéramos invulnerables. Ni siquiera ha sobrecogido la afección á la duquesa en su magnífica residencia de Madrid; es en un hotel de la gran capital donde lucha con la Intrusa, que se acerca difundiendo en torno suyo el espanto frío de lo que ninguna fuerza humana—ni la riqueza, ni el nacimiento, ni la inteligencia, ni el valor del ánimo—puede contrastar ni evitar.—No quiera Dios que estas líneas tengan carácter de recuerdo necrológico dedicado á la buena memoria de la duquesa de Alba. ¡Ojalá las deletree en las horas ociosas de su feliz convalecencia!

* *

Por diez céntimos mató un hombre á otro. Por diez céntimos—sobre quién los había de pagar,—se suscitó la riña, en un baile de poblachón, y uno cayó con el corazón atravesado y otro va á cadena perpetua. Fin de crónica...

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se espera como un acontecimiento mitad mundano, mitad artístico, la presentación de la compañía de Mæterlinck en el escenario de la Comedia.

Mæterlinck es una reputación: yo hablo de él, desde mi gabinete; otros lo harán atendiendo al efecto teatral que produzcan sus obras. El teatro Mæterlinck—á la lectura—no parece de los más representables. Su misma delicadeza y vaguedad tienen poco de dramático, según las fórmulas consagradas, que requieren acción y movimiento, unidos á cierta claridad y precisión que permitan al público apoderarse del pensamiento del autor y del asunto de la obra. El simbolismo siempre será enigmático cuando no vaya tan vestido de carne como en el *Quijote*, donde acaso es involuntario. El de Mæterlinck no está en el caso de Cervantes: aparece desencarnado, abstracto, como categoría mental.

* *

Aquí en España, Mæterlinck, admirado por la nueva generación, no es conocido de la mayoría del público, ni su fama ha corrido como la de un Zola, un Sienkiewicz ó un Tolstoy. Ni aun se ha repetido su nombre como el de un D'Annunzio. Seguramente, si Mæterlinck no tiene la buena idea de servir su literatura en las tablas, con actividad y decisión; si se limita á presentarla en las páginas del libro, hubiese llegado á Madrid pasando inadvertido, como casi pasó inadvertido Brunetiére, y sin casi Mauricio Barrés. Sabríamos su llegada—si es que la sabíamos—los que le hubiésemos leído, interesados por la originalidad de su talento y por el sabor á fruto nuevo de su inmaterial y soñada concepción del mundo y de la vida; pero la multitud, ¿qué hubiese sospechado de *Monna Vanna*, de *Joyzelle*, del repertorio que tan nutrido abono lleva al teatro de la Comedia, á no ser por el recurso escénico, el atractivo de curiosidad y de fiesta que reviste la presentación de una compañía extranjera, precedida de fama y aplaudida al través de Europa?

* *

Lo más conocido de Mæterlinck en España es *La intrusa*, por haberla representado en Sitges, hace bastante tiempo, algunos entusiastas del autor; lo menos leído y seguramente casi no manejado, el tratadito de filosofía que se titula *La sabiduría y el destino*. Dejando á mi amigo el sagaz y entendidísimo Villegas que desempeñe su cometido juzgando aquí lo teatral de Mæterlinck, me entretendré en recoger algo del pensamiento filosófico del autor de *La intrusa*. Este tratadito está dedicado á Georgette Leblanc, la compañera del poeta.